

Una prueba y testimonio de fe

Pastor: Oscar Arocha

Febrero 23, 2014

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Aconteció que después de estas cosas, Dios probó a Abraham, y le dijo: ¡Abraham! Y él respondió: Heme aquí. Y Dios dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Abraham se levantó muy de mañana, aparejó su asno y tomó con él a dos de sus mozos y a su hijo Isaac; y partió leña para el holocausto, y se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho. Al tercer día alzó Abraham los ojos y vio el lugar de lejos. Entonces Abraham dijo a sus mozos: Quedaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá, adoraremos y volveremos a vosotros. Tomó Abraham la leña del holocausto y la puso sobre Isaac su hijo, y tomó en su mano el fuego y el cuchillo. Y los dos iban juntos. Y habló Isaac a su padre Abraham, y le dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, hijo mío. Y dijo Isaac: Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y Abraham respondió: Dios proveerá para sí el cordero para el holocausto, hijo mío. Y los dos iban juntos. Llegaron al lugar que Dios le había dicho y Abraham edificó allí el altar, arregló la leña, ató a su hijo Isaac y lo puso en el altar sobre la leña. Entonces Abraham extendió su mano y tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo. Mas el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y dijo: ¡Abraham, Abraham! Y él respondió: Heme aquí. Y el ángel dijo: No extiendas tu mano contra el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único.” - Génesis 22:1-12

El patriarca Abraham fue un hombre muy bendecido; sin embargo hay valiosos detalles en su vida, que a menudo se pasan desapercibidos, uno de esos fue su paciencia. Dios le había prometido un hijo, el hijo de la promesa, pero entre lo prometido y verlo físicamente pasaron unos veinticinco años. Ahora ve con sus propios ojos aquella hermosa promesa: “En ti serán benditas todas las familias de la tierra” (Génesis12:2). El hijo de su ancianidad está crecido; hijo de esperanza, de su amor y de su fe. El que no podía tolerar las burlas de su hermano Ismael, ahora le toca recibir en su cuello el cuchillo de su amante padre. Como se suele decir ha llegado la hora de la prueba: “Aconteció que después de estas cosas, Dios probó a Abraham, y le dijo: ¡Abraham! Y él respondió: Heme aquí. Y Dios dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (v1-2).

Lo haremos así: **Uno**, Dios ordena al patriarca una gran prueba (v1-2). **Dos**, El Testimonio de la obediencia de Abraham (v3-12).

I. DIOS ORDENA AL PATRIARCA UNA GRAN PRUEBA

Dificultades. La narración inicia así: “Aconteció después de estas cosas, Dios probó a Abraham” (v1). Pregunta: ¿Después de qué? De las adversidades y dificultades que tuvo, sería propio pensar que ahora llegaron a su fin, y como después de la tormenta viene la calma, quizás sería así; pero no, después de eso fue probado. En los Creyentes no será extraño que el fin de muchas dificultades sea el inicio de una próxima prueba. El agobio de opresiones no exoneran de eventuales contratiempos. El padre de la fe es ejemplo.

Viendo la historia de Abraham podemos decir que ningún oro fue probado en un horno tan caliente. Oigamos: “Aconteció que después de estas cosas, Dios probó a Abraham, y le dijo: ¡Abraham! Y él respondió: Heme aquí” (v1). Respondió en humildad: “Heme aquí”. La prueba de su absoluta confianza. En asuntos divinos no se consulta con carne o sangre, si lo hubiese hecho no habría ofrecido Isaac a Dios. Cuando el consejero de uno es el Señor, no hay necesidad de otras consultas, tampoco estudiar, ni quejarse ni dilatar el mandato. Entonces el Señor viendo el corazón de Abraham le señaló la obra a ejecutar: “Y Dios dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (v2). Es posible que ni aún su esposa Sara supiese, ya que sus sentimientos de madre hubiesen estorbado su disposición sumisa. Si el patriarca no atendió los lamentos de su hijo, aprendió a no tener en cuenta los sentimientos de su esposa. Sería una amabilidad excesiva guardar respecto a la censura e ideas de otros si el asunto es obedecer a Dios. En eso no necesitamos el consejo ajeno. Él siempre sea de Primero y sobre todas las cosas. Si alguno tuviese derecho de argumentar con el Altísimo, sin dudas habría sido Abraham el amigo del Dios, sin embargo no lo hizo. Para acentuar su fortaleza de Creyente; contrastemos con un ejercicio mental de las posibles preguntas en un débil corazón.

Contrastando. ¿El Dios de misericordia ahora deleitándose en sangre? ¿Es posible que un asesinato así proceda de la piedad? ¿Toma Dios deleite en sacrificios humanos? ¿No hay otro para ese altar que no sea Isaac? ¿Debiera ser Abraham quien lo sacrifique? ¿Debieran sus manos destruir el fruto de sus lomos? ¿No habrá otra forma de probar la fidelidad que ser anti natural? ¿No sería Abraham el monstruo de todos los padres, que perdonó a Ismael y mató a Isaac? ¿El único hijo que le has dado debe sacrificarlo? ¿Por que le diste promesa de bendición en él? ¿Qué dirán sus vecinos incrédulos cuando oigan de esta infamia? ¿Quién creerá que hizo esto porque Tú lo mandaste? ¿Qué dirán del hombre que pasó cuchillo por el cuello de su único hijo? ¿Aun fuese Isaac un hijo rebelde, merece ser degollado? ¿es posible que tus dulces promesa y bendición pongan un hombre a ese extremo de prueba?

Todas esas pudieron haber sido preguntas hechas por un débil corazón, pero Dios sabía muy bien que hablaba a un Abraham, y el patriarca conocía como debía responder a Dios: La fe le había enseñado a obedecer, no argumentar. Su corazón estaba firme que

los mandamientos de Dios no son gravosos, y sus promesas infalibles. Sobre todo eso el patriarca recordó la revelación divina: “El Señor se le apareció, y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí, y sé perfecto” (Génesis 17:1). No puso atención en los medios dados, sino en la Omnipotencia del Señor, y el fin prometido. Así que, volvamos allá para dar el debido color a la situación: “Aconteció que después de estas cosas, Dios probó a Abraham, y le dijo: ¡Abraham! Y él respondió: Heme aquí” (v1). Esto es, aquí estoy para hacer lo que Tú me mandes: “Heme aquí”. La prueba de su absoluta confianza.

Vimos que Dios le ordenó una gran prueba y Abraham respondió en corazón sumiso y voluntad dispuesta.

II. EL TESTIMONIO DE LA OBEDIENCIA DE ABRAHAM

Hay aquí dos asuntos: Abraham pone diligencia en obedecer (v3-6), y el patriarca sacrifica su hijo (v7-12).

Abraham pone diligencia en obedecer (v3-6)

Hay caminos alegres, y también tristes. Es lo natural que en lo adverso seamos lentos, sin embargo con Abraham no fue natural, sino extraordinario; diligente en obedecer a Dios, aun siendo un extraño mandamiento, pues Dios mismo había sentenciado: “No mataras”. El buen patriarca se levantó de mañana para su dificultosa jornada, nótese su santa determinación: “Toma ahora a tu hijo, tu único, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Abraham se levantó muy de mañana” (v2-3). El Señor le dijo “Toma ahora tu hijo”, y su reacción fue: “Se levantó muy de mañana.” Obedeció a la primera voz, como suelen hacer los hijos obedientes al mandato de sus padres.

La jornada. Ahora debe viajar durante tres días para llevar su hijo al lugar de la ejecución, y en ese tiempo sus ojos han de estar de continuo sobre el cuerpo de su pequeño, viéndole sobre la leña bañado en sangre de antemano. Y como ser humano sabemos que pocas cosas son tan duras de pasar o aceptar que vivir bajo la expectativa de un gran mal. Tener que matar su propio hijo no tiene nada de agradable. Es usual entre nosotros que si alguien ha de darnos una mala noticia siempre preferimos oírla de primero, o que lo propio es salir cuanto antes de lo desagradable; pero aquí se trata de permanecer tres días, una dilación interminable para un corazón sensible, y en particular ante un mandado tan extraño como matar el hijo de la promesa. Si tu amigo te regala algo muy apreciado para ti, y ese mismo amigo luego pide que se lo devuelve, turbación asaltaría tu mente. Así pudo haber sido aquí, sin embargo los sentimientos negativos, si los hubo, no fueron atendidos, sino sólo la voz de Dios: “aparejó su asno y tomó con él a dos de sus mozos y a su hijo Isaac; y partió leña para el holocausto, y se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho” (v3). Sigamos leyendo: “Al tercer día alzó Abraham los ojos y vio el lugar de lejos” (v4); a esto llamaríamos una prueba dentro de la gran prueba. Hay que caminar por tres días, o esperar hasta la consumación. Y allí tomó otra decisión:

“Entonces Abraham dijo a sus mozos: Quedaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá, adoraremos y volveremos a vosotros” (v5). El asunto se hace ahora más extraño, es una devoción tal que no admite testigos. Estamos llamados a ser luz y sal en esta tierra, sin embargo no permitió que otros ojos vieran lo que había de hacer. No consintió que dos de sus propios sirvientes le vieran quitándole la vida a su hijo, lo cual haría que todo el mundo se enterara rápido de lo que haría.

Es probable que escogiera la soledad, pues ellos no teniendo el grado de fe suyo, pudieran mal interpretar sus acciones, y hasta estorbarlo en su absoluta confianza a Dios. Así que, fue sólo. Cuando de adorar a Dios se trate, hay que echar de uno cualquier asunto que pueda distraer o apartarnos del deber de adorarle. Lo que pudiera desviar a Abraham de su devoción al Señor fue dejado al pie del Monte. Y su hijo cargó la leña, así como Su cruz: “Tomó Abraham la leña del holocausto y la puso sobre Isaac su hijo, y tomó en su mano el fuego y el cuchillo. Y los dos iban juntos” (v6). Un corazón de fe, cuida aun el más mínimo detalle en su servicio de adoración a Dios, tal como hizo Abraham.

El patriarca sacrifica su hijo (v7-12)

Firmeza. Si el padre estaba resuelto a servir a Dios adorándole, el hijo no se quedaba atrás, era un hijo obediente, cooperador de la fe de su papá: “Y habló Isaac a su padre Abraham, y le dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, hijo mío. Y dijo Isaac: Aquí están el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?” (v7). No sabemos si esa pregunta tocaría tan profundo el corazón de Abraham como el cuchillo en el cuerpo de su hijo. Los obstáculos de dentro y fuera contra el patriarca pudieron haber sido muchos, sin embargo se mantuvo firme en su determinación de hacer lo que Dios mande: “Abraham respondió: Dios proveerá para sí el cordero para el holocausto, hijo mío. Y los dos iban juntos” (v8). En su obediencia no dejó atrás al hijo, porque este mismo era el sacrificio: “Y los dos iban juntos.” El papá conocía su propia fe, pero no tanto la de su hijo, o si era poseedor de tal discernimiento. La respuesta fue veraz y muy sabia, una contestación en fe.

El Holocausto. Después que Isaac le ayudo a construir el altar, donde el papa era consumido en su fuero interno, el hijo descubre el extraño mandamiento de Dios, y esto por boca de su padre: Hijo mío, tú eres el cordero para el sacrificio: “Llegaron al lugar que Dios le había dicho y Abraham edificó allí el altar, arregló la leña, ató a su hijo Isaac y lo puso en el altar sobre la leña” (v9). Es probable que conocía el sitio exacto de forma directa o Dios se lo revelo con una señal o luz. Han llegado al final del recorrido, no más caminar, ahora la acción. Pudo haberle dicho: Mi hijo Yo hubiese preferido mil veces derramar mi sangre, y no la tuya. Estoy lleno de años, y todavía tú no has empezado a vivir. Daría todos lo gozos de esta tierra, y aun Yo mismo para que vivas, pero Dios te ha escogido a ti, y sin quejas eso haremos. El Señor debe ser obedecido antes que uno mismo. Como si le agregara: Dios te ama a ti más que a los otros, ha pedido que tú seas el objeto de Su agrado. Ofrécete a ti mismo a las llamas, y envía tu alma a la gloria.

Note que Abraham fue diligente en dar su hijo, e Isaac en darse al sacrificio. Acentúo que se trata de un sacrificio. Es degollar al hijo y que su sangre empapara la leña y luego quemarlo con fuego. El hijo puso sus manos y sus pies para ser atados, su garganta para el filo del cuchillo, su cuerpo para el altar. El hijo mostró santa imitación de la devoción de su padre. El padre nunca se quejó ni el hijo tampoco. Mostraron ambos santa determinación de obedecer a Dios. Sus corazones ardían de fuego santo en devoción al Redentor.

Hora cero. Ahora ha llegado la: “Entonces Abraham extendió su mano y tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo” (v10). El patriarca fue muy sabio en que Sara no lo supiera, y dejar los sirvientes al pie del Monte. Pregunta: ¿Qué entrañas humana desearían ver un espectáculo semejante? Un papa degollando su propio hijo. Nadie lo vio, pues no sucedió, pero la sola idea era para estremecer al más fuerte. Ahora la esperanza de la bendición a todas las familias de la tierra bajo el cuchillo para ser degollado. Para un espectador cualquiera se trataba de un cuadro de horror, en cambio para el ejecutante, un acto de gran fe. Abraham y su hijo por obediencia e imitación sabían que la misma voz que ordenó la matriz de Sara para que trajera a Isaac también es capaz de resucitarlo de las cenizas del holocausto. Con esa confianza no había obstáculo que impidiera el cuchillo para la garganta del muchacho.

La voz del Ángel. Esa voz nunca fue tan bienvenida, ni tan dulce, ni tan oportuna como ahora: “Mas el ángel del Señor lo llamó desde el cielo y dijo: ¡Abraham, Abraham! Y él respondió: Heme aquí. Y el ángel dijo: No extiendas tu mano contra el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora sé que temes a Dios, ya que no me has rehusado tu hijo, tu único” (v11-12). La intención divina fue una prueba, no tanto el hecho del sacrificio de Isaac. El hijo fue sacrificado para Dios en el corazón de Abraham y aun está vivo. De aquí aprendemos: Que casi siempre, el consuelo espiritual es inesperado y al final. El Señor dilata sus propósitos en uno con el fin de que esa prueba que nos mandó sea perfeccionada, nuestra liberación dulce y la recompensa gloriosa. Isaac nunca había sido tan placentero a los ojos de su padre, que cuando lo recuperó de la muerte. Como hijo le fue dado milagrosamente, y milagrosamente recuperado. Abraham nunca habría sido tan bendecido con su simiente, si antes no hubiese dado a su hijo en sacrificio a Dios. Cuando nos entregamos al Señor de todo corazón y de acuerdo a Sus mandamientos, nos devolverá con más gozo lo que le hemos prestado y pagará con altos intereses, gran beneficio. Por tanto, lo mejor que un hombre puede hacer de este lado del Cielo es servir al Señor Jesucristo.

Vimos que mientras Abraham era probado, confirmaba su fe en Dios. En una gran prueba el patriarca respondió en corazón sumiso y voluntad dispuesta (v1-2). Además se consideró la diligencia en obedecer (v3-6), y como sinceramente sacrificó su hijo en el corazón, y la voz del Ángel de Dios premiándole (v7-12).

APLICACIÓN

1. **Hermano: Tú conocerás el amor de Dios en tu vida, si te consagras en sacrificarle haciendo Su voluntad.** Abraham y su hijo supieron que Dios les amaba porque ellos y no otros fueron escogidos para este sacrificio. De manera, pues, que si bajo sufrimientos tú puedes honrar la Palabra de Dios y Sus mandamientos, sería prueba inequívoca que te ama, que se deleita en tus buenas obras. Por eso, cuando te corresponda hacer algo para honrar al Señor, y se te presentan dificultades, no te concentre en las dificultades, sino que abras tu oído para oír Su voz y hacer lo que te mande. Los encargos que Dios te haga en no pocas ocasiones son duros en sus comienzos, pero consoladores en su conclusión.

Hermano, la única manera en que tú puedes encontrar verdadero deleite y consuelo en las cosas de esta tierra es rindiéndote en las manos de Dios. Abraham vino a sacrificar su hijo, pero Dios no le dejó regresar con las manos vacías. Sus bendiciones fueron tan grandes que todavía son suficientes para nosotros miles de años después. Oye el orden para ser bendecido por el Cielo: Primero tú confías en Dios. Segundo: Haz lo que mande, empieza hacerlo con sinceridad y Dios mismo te hará como hizo con el Patriarca. Tercero: Terminara por ti esa buena obra y te recompensará. Por tanto, Tú conocerás el amor de Dios en tu vida, si te consagras en sacrificarle haciendo Su voluntad.

2. **Amigo: El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, ahora es ofrecido a ti.** El Hijo de Dios, el Señor Jesucristo fue sacrificado en este mismo Monte, y resucitado al tercer día, para que todo Aquel que sea de la fe de Jesús no se pierda y sea heredero de la vida eterna, felicidad perpetua. Si tú crees en Dios y confías en poner todo tu ser en Sus manos, entonces tú serás resucitado como lo fue Isaac. Oye esto: Si tú no estás dispuesto a sacrificar lo tuyo con Abraham o como él hizo, tampoco tendrás descanso eterno con el patriarca. La fe para salvarte ha de ser la misma que la de Abraham. Óyela: “Que si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo” (Ro.10:9).

AMÉN